La libertad del trabajo

Las gentes de orden hablan de la libertad del trabajo, siempre que algún conflicto les procura ocasión, en los mismos términos de parcialidad y falta de buen sentido que les es peculiar.

En ninguna huelga, como en ningún litigio entre hombres, se respeta la libertad de nadie, y menos la respetan los encargados de mantener el orden.

En primer término—declarémoslo así para elevar el argumento conservador,—cuando una huelga se declara, con bastante frecuencia muchos de los obreros que van al paro no tienen si se les dejara en libertad; y no tirian si paro por razones de afecto al amo, por amor mal entendido hacia sus hijos, cuya vida peligra, o por temor a acontecimientos imprevistos, que suelen siempre amedrentar a los tímidos.

Pero todo esto está muy bien para ser tratado y elevado al tubo por la estolidez conservadora o la bajeza moral de los liberales. Antes que del sentimiento, los hombres deben hablar de la razón y conviene saber si ésta la tienen los que han acordado el paro general o los que persisten en sus trabajos o suplantan a los huelguistas.

Nosotros declaramos que si alguna libertad tiene razón de existir sobre la tierra, es, en primer lugar, la del pensamiento, y en segundo la del trabajo; prioridades que establecemos por entender que toda libertad en el hombre proviene de las dos primeras. Pero convenimos también en que si nadie tiene derecho a hacer trabajar por la fuerza nadie tampoco debe impedir que cualquiera trabaje donde y cuando quiera.

Esta última proposición encierra no pocas consecuencias de extrema gravedad, y la primera que se nos presenta es la siguiente: si nadie debe impedir que un hombre trabaje, nadie, ni por nada ni ante nada, puede tener derecho a negar ese trabajo que en la mayoría frecuencia solicitan los obreros y les es negado; más aún: todos los hombres deben tener derecho a trabajar donde y como quieran. Item más: el trabajo no debe pedirse, debe hacerse sin consentimiento de nadie.

Pero bajemos un poco la cuestión. En las huelgas el derecho cambia según el aspecto de la cuestión. Si se trata de la libertad en las relaciones entre patronos y obreros, no es lo mismo que si es entre obreros solamente. La libertad es intangible en el caso primero, pero intangible por lo que se refiere a los amos; en el caso segundo es intangible igualmente para los *squirols* y sus explotadores, viniendo, en consecuencia, a no haber libertad de ninguna clase para los huelguistas.

Sin embargo, no tenemos temor de ninguna especie en afirmar que la libertad es una mentira gubernamental, es una farsa plutocrática y una desvergüenza política, porque la libertad no puede existir en un régimen de grosera iniquidad, y menos en tiempo de guerra; y la huelga no es más que una guerra. Es, pues, conveniente, acabar con esa muletilla de "la libertad del trabajo„ y discutir la razón de ser de ella en los litigios económicos.

Cuando una huelga se declara por mayoría de votos, todos deben someterse, como sucede en toda guerra, al acuerdo de la mayoría; y hasta entendemos que los huelguistas tienen derecho a reducir a los recalcitrantes hasta por la fuerza si es necesario.

Para justificar este principio, ante el cual es una monserga despreciable "la libertad del trabajo", basta invocar las conveniencias de clase o el interés corporativo, que es lo que hace el gobierno siempre y en toda ocasión. Yo sé que si algún legista o algún fariseo de la clase privilegiada me lee, se sonreirá o se indignará pensando en lo "absurdo" de mi teoría. Pero no hay que reirse ni indignarse tan pronto, que todavía no he concluido. Si mis razones carecen de lógica jurídica, pregunto yo: ¿En qué se funda el Estado, defensor de la nacionalidad y de las instituciones sociales al uso, para llamar al servicio de las armas a cien mil o más hombres cuya inmensa mayoría nada tienen que defender, no obstante equipararlos e instruirlos para combatir, con riesgo de su vida, propiedades que no son suyas y privilegios que se vinculan precisamente en detrimento del bien común?

Llamad a filas un carpintero, un albañil, un carretero; mandadlo a garantizar "la libertad del trabajo", a proteger a unos cuantos desgraciados que no tienen espíritu de clase y se declaran en rebeldía contra sus hermanos que ansían mejorar las condiciones de la vida colectiva: ¿En qué precepto liberal, en qué orden de razón os fundaréis vosotros, los hombres de orden, para convencer a los obreros conscientes de que es libre el obrero uniformado y libre el obrero *squirol*, traidor este último a su clase, en condiciones agravantes de guerra social? Mientras en el mundo exista la guerra y el combate entre las distintas clases sociales, la libertad es una superchería, una ficción gubernamental, arbitraria y cruel.

Si el obrero sindicalista no tiene derecho a imponer sus pretensiones por todos los medios, incluso por el lógico, táctico y estratégico de reducir a sus compañeros rebeldes o traidores, ¿en qué fundáis vosotros, las gentes prebendadas, el derecho a poner miles de hombres armados al servicio de un estado de cosas que le es adverso y de una tierra y unas riquezas que le son absolutamente inaccesibles?

La natural objeción de vuestra parte será decirnos, si a tanto os dignáis, que así lo disponen las leyes, que a tal obliga el hecho de ser español, que así lo dispone el acuerdo de la mayoría o la delegación de la mayoría. En tal caso la minoría ha de someterse a la mayoría, porque ésta carece de derecho. Exactamente es el caso del *squirol*, y por lo tanto es necio, es absurdo hablar de la libertad del trabajo, como es delictivo hablar de la libertad individual del soldado frente al enemigo.

Los políticos gubernamentales, la burguesía plutocrática o la burguesía media, encuentran natural y legal la supresión de la libertad y de la vida a miles de hombres cuando se trata de los intereses de la nación o de la defensa de una abstracción cualquiera como la ley, la propiedad, la religión, la patria, etc., etc., y el mismo hecho en pequeño paréceles a esos señores crimen monstruoso, porque son los obreros quienes adoptan el procedimiento. Sin embargo, si la lógica no fuese una vana palabra, lo que es justo en el primer caso debiera serlo en el caso segundo.

Porque las exigencias que deben llenarse cuando es la legalidad la que ordena son bastante más rudas y atentarias a la vida humana, que lo son en el caso de coacción obrera. En cuanto a los resultados sólo continuaremos estableciendo comparaciones para que resalte más la iniquidad burguesa y la sangrienta farsa gubernamental, no porque existan términos de comparación.

Después de una lucha nacional, de una guerra, pongamos por caso, provocada contra la mayoría de los nacionales, el obrero que ha sido arrancado de sus lares, si tiene la suerte de no haber perecido en la contienda, volverá a su familia encontrándola seguramente deshecha o por lo menos hambrienta y diezmada por la miseria, la enfermedad o la tiranía que toda guerra desarrolla; y esto sucederá a todos siempre y en todas partes. Después de unos cuantos días de huelga no puede suceder tanto mal en las familias obreras.

Pero aún hay más diferencias. Al volver de la guerra tendrá que trabajar como antes o en peores condiciones; al volver de la huelga, en un ochenta por ciento de los casos, halla sensiblemente mejoradas las rudas tareas de su trabajo. Al regresar de la guerra se sentirá enfermo, amedrentado, embrutecido... Al terminar la huelga se sentirá moralmente fortalecido, aun en el caso de no haber triunfado, porque el combate de los hombres conscientes por causas justas y directas eleva el valor y aumenta la nobleza.

Si ha triunfado en la guerra, la victoria será para mejorar los negocios de los amos y señores; la victoria obrera es para él. Si ha sufrido en la guerra ha sido para los otros, y la humillación de la derrota a nadie alcanza sino al obrero uniformado. En la huelga, si sufre es con el fin de mejorar; si padece hambre es porque espera satisfacer mejor las perentorias necesidades de su estómago.

Y el obrero, para los nobles y levantados fines de mejorar sus condiciones económicas y morales y las condiciones sociales de su clase, no tiene derecho a la coacción de sus compañeros, traidores o mal avisados; no puede atentar contra la vida ni la propiedad de ninguno de sus enemigos directos y conocidos porque eso son crímenes que el código castiga y porque es atentar contra la libertad del trabajo. Saquear pueblos, incendiar aldeas, arrasar propiedades y cosechas, matar loca y furiosamente hombres que ningún mal le han hecho, ¿eso qué es?

No; la libertad no existe entre los hombres que luchan en defensa de los intereses de clase. La libertad existirá cuando la clase obrera haya triunfado en todas sus reivindicaciones, cuando las condiciones de vida de los hombres, de todos los hombres, hallen la garantía absoluta de la vida en los productos del trabajo, accesibles a todos los seres humanos.

Mientras tanto, "la libertad del trabajo" es una desvergüenza oficial elevada a motivo para matar y esclavizar a los obreros.

A. L. RODRIGO

Federación Sindicalista Extremeña

Con objeto de llevar a la práctica la necesaria "Federación Regional Extremeña Sindicalista„ que más tarde ha de ser miembro de la proyectada "Confederación Nacional del Trabajo„ se ruega a todos los Centros, Sociedades y Sindicatos, de las provincias de Cáceres y Badajoz que simpaticen con el proyecto, envíen sus adhesiones a Juan Guerrero, calle Espinilla, número 9, Azuaga, con el fin de proceder a la preparación de la Asamblea preparatoria de la Federación en que ésta ha de constituirse y hacer el nombramiento del Comité, designar su domicilio y redactar sus estatutos.

Ninguna región de España está tan necesitada de una fuerte organización sindical que estreche los lazos de unión fraternal entre los explotados del campo, de la mina y del taller, como Extremadura y, por eso, nosotros hacemos este llamamiento, con la esperanza de que el obrero de Badajoz y de Cáceres sabrá sacudir su letargo, sumándose a la lucha que, contra la explotación y la tiranía, sostienen valientemente sus hermanos del resto de la península.

¡Obreros extremeños... unios!

Sepamos, en apretado haz, marchar por la senda del progreso, conquistando libertad, y demostremos que los *miseros* de antaño de esta región han despertado a la política y están dispuestos a poner sus energías al servicio de la redención humana, alistándose en las filas del sindicalismo revolucionario, rompiendo para siempre las denigrantes cadenas de la esclavitud.

¡No seamos una región de castrados!

¡A la Federación, obreros!

¡A la lucha contra la burguesía!...

LA COMISION INICIADORA

Azuaga.

Esclavitud de amor

La luna envía su luz suave y la brisa dulce y ligera prodiga sus tenues caricias. La naturaleza es propicia a las embriagueces solitarias de los amantes que enlazan con pasión sus cuerpos bellos, gustando con ardor el encanto infinito de una noche maravillosa de verano, en que todo respira amor y vida. El gorgeo de los pájaros buscando su nido en las ramas exuberantes, la voz melodiosa del mar, la bóveda celeste en la atracción brillante de sus estrellas, los efluvios del éter y el perfume que exhalan las flores abiertas, invitan al éxtasis, a la ensoñación contemplativa y al beso delirante del amor.

La mágica expresión del universal poema exacerba los sentidos, contrae los nervios, adormece la voluntad. En espasmo supremo, voluptuoso, lascivo, los labios se han unido, los cuerpos estrechamente enlazados se han confundido en el mismo arrebato pasional que perdura largo tiempo en el recuerdo.

Amor... y en los cielos majestuosos, la luna parece sonreir maliciosamente al compromiso de esta fe en que comulgan los amantes.

***

Amanece... y los amantes se van por los verdes senderos, las manos enlazadas, suspirando como entristecidos por los momentos efímeros de su sensualismo. El alba disipa el velo tenebroso de la noche y pronto los primeros rayos solares avivarán el despertar del día y sembrarán en la irradiación de su luz, la inalterable dulzura de la vida.

Pero los jóvenes enamorados no ven la delicia sublime y vivificante de la actividad de la Naturaleza.

Acabada la escena silenciosa de la noche, adios besos, abrazos y caricias. Será preciso otra vez volver a la triste realidad de este mundo turbulento de negocios que en su existencia terrestre, material y rutinaria no se preocupa del trastorno que su violencia aporta a las expansiones nocturnas... Y se internan con la cabeza inclinada, el corazón palpitante y el alma inquieta, en la corriente tumultuosa e irresistible, como dos náufragos protegidos por un débil esquife a merced de la mar tempestuosa...

Amor... Es el entusiasmo juvenil de sus veinte años han puesto lo mejor de su vida. Se han entregado sin reservas, confiados en la madurez de su ensueño, en la solidez de su ideal amoroso. Pero en la ceguedad obsesionante de su misteriosa quimera, no han sentido este temblor que sacudía todo su sér, no han escuchado esta voz grave e imperiosa que del fondo de su conciencia aun despierta les gritaba: "Tened cuidado de los abrazos, vais a penetrar en el dominio de lo desconocido, sacrificais vuestra libertad en un minuto de delirio y hacéis acaso en este momento la infelicidad de vuestra vida".

***

Para los seres adormecidos en esta indefinible languidez de las primeras sensaciones amorosas, nada puede detener el ímpetu de su corazón, y su cerebro se adormece, se consume lentamente en la melancólica soñación que les arrastra a la muda adoración del sér amado que fascina. La voluntad se anula poco a poco y todas las aspiraciones de esta voluntad se confunden en una sola; vivir, o mejor dicho morir, en un último espasmo de amor y lujuria... Y la mujer, la sirena de ojos cautivadores y de encantos hechiceros, destruye en un abrazo el alma vacilante del que la adora y agoniza lentamente en sus brazos, sobre su seno temblroso de voluptuosidades e insaciables deseos...

***

Y el rebelde de ayer que no ha sabido resistir al frenesí embriagador, a la mortífera fascinación, será el resignado de mañana, el inconsciente, el desperdicio humano a quien una visión alucinadora tortura... jamás podrá ya conocer los goces inalterables del pensamiento, las emociones intensas de la agitación, las raras sensaciones de la lucha. Perderá la serena placidez de la libertad y no será más que un juguete, el objeto de un capricho pasajero que el dolor lanzará un día a los abismos de la desesperación...

Amor... Y las trabas se crean y las cadenas se remachan como un grillete... Hoy es una noche perfumada de flores, un rayo deslumbrante de sol, una claridad de satisfacción y de dicha que pasa fugitiva para obscurecerse por completo. Pero mañana será la sucesión de muchos días de amargura, largos, interminables... Las lágrimas abrasadoras dejarán huella en el rostro marchito y la desesperación desmedrará el cuerpo antes vigoroso y le conducirá a la locura y a la muerte.

Amor... Así se degeneran los espíritus, se aprisionan los pensamientos, se destruyen las iniciativas, las voluntades y los corazones. Se estrujan las almas en un abrazo y se arrancan en un beso.. El valor decae, la energía se tambalea, la rebeldía se doma... en una hora de delirio erótico, en un minuto de debilidad y amor.

ALEX FLESKY.

Adaptación del francés.—M. C. I.

La tiranía en Portugal

Las más terribles persecuciones de las zaristas tiranías, las más insultantes y estúpidas intolerancias de los sectarios de las diferentes religiones no son nada comparadas con lo que al presente sucede en la democrática República portuguesa.

Los mesías, los profetas, *siloés* milagreros que en otros tiempos en la oposición adulaban a las muchedumbres con el deliberado intento de escalar el poder, una vez elevados a las bellos, gustando del mando que con sus artimañas y charlatanerías consiguieron conquistar, renegaron en absoluto de todas las prometidas libertades, suprimiendo hasta los más elementales principios del derecho consuetudinario, aplastando al pueblo como si fuera un reptil venenoso.

Y así, las libertades consignadas en la Constitución política del país como derechos del pueblo, no son más que un embuste, una mixtificación como lo es toda esa ley, documento de imbecilidad que prueba la incapacidad intelectual de los plagiarios forjadores de leyes a tres duros y medio al día.

Por todo el país de la república, las Bastillas están repletas de carne proletaria. Los hombres que en otros tiempos proclamaban en inflamados tropos de revolucionaria fraseología, el derecho a la rebelión que asiste a las esclavizadas multitudes que laboran todo un largo día de trabajo y mueren en las calles cayendo de hambre, otras pasadas por las balas defensoras de las tiranías si por acaso reclaman pan o pretenden justicia, se volvieron hoy los mayores tiranos, los déspotas más crueles, perseguidores feroces del pueblo que reclama el cumplimiento de los derechos proclamados, o aspiran a la conquista de la nueva aurora de la emancipación social.

Por todas partes, por toda la región portuguesa, impera el hambre, la miseria y la desgracia; por todo el país lusitano existe el dolor, la persecución, el despotismo, la tiranía.

El hombre que hoy ocupa las riendas del poder, obsecado por la monomanía de exterminar el sindicalismo y el anarquismo, desenvuelve la mayor actividad en la persecución de los militantes de los modernos ideales. Así es que tanto en las cárceles de la capital del país como en muchas otras de las provincias se encuentran encerrados centenares de propagandistas más conocidos, por *el gran crimen* de proclamar la extinción de los convencionalismos y de las injusticias sociales; el fin de esta injusticia que oprime a los débiles y a los sencillos para gloria y provecho de los poderosos; por desear que a la fuerza no más venza el derecho, que los buenos dejen de ser eternamente sacrificados por los malos, que los honestos no sucumban a manos de los infames y que los hipócritas impenitentes dejen de tener siempre por su lado la razón de la fuerza con que oprimen a los leales y justos.

Los periódicos no pueden relatar las persecuciones sufridas, pues se arriesgan a ser suprimidos o *empapelados*. No se puede protestar contra este estado anormal de cosas o los protestadores irán a dar con sus huesos a las fúnebres bastillas de la democracia. Es tan grande la percecución, tan desenfrenado el despotismo, tan agresiva la tiranía, que sólo puede compararse con el imperio ruso cuando yacía bajo la férula de Alejandro II.

Para que se pueda hacer un sencillo análisis de lo que es la libertad de prensa en Portugal, basiará decir que en la carcel central de Lisboa se encuentran encarcelados los redactores de los tres periódicos que aquí se publicaban defendiendo los intereses obreros y que son *O Sindicalista*, *Tierra Libre* y *La Revolta*.

Para justificar todas estas persecuciones ha sido necesario un pretextos; y ese hombre infame que ocupa la presidencia del ministerio no podría nunca forjar uno tan a propósito a sus maquiavélicos fines como la explosión de la Rua do Carmo, en jardines del cuartel de la guardia republicana, en ocasión del pasaje de un grupo de obreros que iban incorporados al cortejo carnoesuniano conduciendo un estandarte en el cual se leía: "¡Pan o trabajo!„

Y después de la explosión que nosotros entendemos como una maniobra política, se efectuaron prisiones en masa de los elementos sindicalistas y anarquistas, como obedeciendo a un plan de antemano preparado.

Ante semejante ferocidad represiva el pueblo obrero, esa multitud incógnita que suda en las minas y en los talleres diariamente para llenar el vientre de la insaciable burguesía, esa muchedumbre de haraposos, descalzos, hambrientos, que se arrastra en la más miserable situación, mira amedrentado y sin un arranque de virilidad a los tiranos, a los déspotas, a los canallas y falsarios que proclamando en otro tiempo los más amplios derechos de la humanidad, atropellan hoy los más elementales principios del derecho consuetudinario.

¿Que podemos hacer en esta situación? ¡Sin derechos, sin garantías, sin libertad de prensa, de reunión, de pensamiento, sólo nos queda recurrir a la prensa revolucionaria internacional a fin de que en todas partes, donde pulse un corazón noble y exista una conciencia libre, se eleve la protesta enérgica y viril contra la tiranía infame de que somos víctimas!

Trabajadores conscientes: Que resuene por todos los ámbitos del planeta el grito de ¡Abajo la tiranía republicana portuguesa!

A. SANTOS PINHO

Cárcel de Limoeiro, 12-7-913.

LA LIBERTAD

Si por libertad del sér se entiende su independencia de todo fenómeno que preceda su existencia y su independencia de todo el medio en que vive, esta libertad no existe.

No hay efecto sin causa. El sér, sea cual fuere, es la resultante de los tiempos y de los lugares en que vive. El hombre, para mejor precisar, se halla estrechamente solidario de todo lo que le rodea, le precede y le sigue. Su yo está influido, modificado por todos los ambientes en que vive.

"La herencia—hemos escrito en nuestro libro *Determinismo y responsabilidad*—o medio interno, ha determinado su carácter y su temperamento, y los modifican. El sér humano, producto de estos medios, no puede ser libre, y todos sus actos están determinados."

El individuo es absolutamente un autómata que se diferencia de las demás máquinas; un autómata del que ignoramos buena parte de los resortes que le hace obrar. Cada sér es un autómata diferente que reacciona diferentemente ante las influencias todas de estos ambientes. Cuando más complejos se hacen los individuos, gracias a la división del trabajo y a la especialización de los órganos y de las funciones, tanto más se acentúan las individualidades.

En efecto, las reacciones se diferencian cada vez más ante las influencias mesológicas. Los autómatas se vuelven más complejos y parecen cada vez menos autómatas.

La libertad volitiva de los filósofos espiritualistas no existe; la verdad científica es el determinismo general.

La libertad de obrar, es decir, la posibilidad de traducir en un acto una volición cualquiera, es la única libertad que existe. Es un atributo del sér humano, pues no es otra cosa que el funcionamiento de su organismo. Libertad de pensar, libertad de moverse, es decir, libertad de obrar psíquicamente, físicamente, son cualidades concernientes al individuo y que no pueden serle arrebatadas sin alterarle su estado físico. El sér humano tiene necesidad de esta libertad, de igual modo que tiene necesidad de alimentarse y excretar. No puede vivir si no tiene libertad de obrar, de igual modo que no puede vivir si no puede alimentarse y excretar.

La libertad de obrar tiende a manifestarse por una acción externa, a exteriorizarse; de donde resulta, por ejemplo, la libertad de expresión del pensamiento, necesidades inherentes al sér humano, derivan la libertad religiosa, la libertad política, la libertad de la palabra, la libertad de imprenta y la libertad de asociación.

Para que el individuo viva en estado de salud, es necesario que todo su organismo funcione integralmente. Tiene, por lo tanto, necesidad de una libertad completa para obrar física y psíquicamente. Unicamente las condiciones mezológicas pueden limitar esta libertad de acción.

Como que el hombre vive en sociedad, resulta la formación de relaciones entre los hombres y la limitación de esta libertad de acción por los mismos hombres.

Dentro de la humanidad tenemos, pues, dos tendencias generales: la sociabilidad, que impulsa al hombre a asociarse; la libertad que impulsa al hombre a individualizarse. Estas dos direcciones, asociación e individualismo luchan sin cesar entre sí, y sin cesar se esfuerzan para llegar a un acuerdo perfecto constitutivo de la armonía perfecta; cima que tal vez la humanidad no alcance nunca.

De la lucha de estas tendencias resulta un equilibrio, cuya ruptura arroja inevitablemente a los hombres bajo el despotismo de individuos o de grupos.

La tendencia literaria es tan acentuada y tan general como la tendencia gregaria.

Cada individuo-hombre aspira a ser autónomo y reclama cada vez más libertad. Cada individuo-grupo tiene las mismas aspiraciones. Un simple vistazo sobre la humanidad demuestra claramente este estado antagónico de la tendencia gregaria y de la tendencia literaria, al mismo tiempo que su mutuo crecimiento.

Para el buen funcionamiento del organismo individual es necesario el máximo de libertad. Cómo la sociedad es una reunión de individuos, no puede funcionar regularmente si no a condición de que cada uno de sus componentes, es decir, cada individuo, funcione bien, y por lo tanto, para el buen funcionamiento de la sociedad, es necesario que el individuo disfrute del máximo de libertad.

"La libertad de cada uno, la independencia de todos, son, por consiguiente, los principios que mejor permiten el desarrollo individual, y por lo tanto, colectivo de la humanidad.

Nada tan eficaz para detener el florecimiento de la ciencia y de la filosofía como la presión autoritaria de cualquier teocracia—así de sacerdotes como de un cuerpo de sabios,—autocracia, oligarquía o plutocracia. Para que el desarrollo de la ciencia y de la filosofía alcance su máximo, es necesario que cada individuo sea libre, absolutamente libre.

"No hay que imponer las ideas, basta llevar el convencimiento de la justicia, de la verdad momentánea de las ideas, por medio de su simple exposición, sin una argumentación cerrada y de una irrefutable demostración.

—Todos deberíamos tener conocimiento de las opiniones más diversas y contradictorias, a fin de poder juzgar cuál es la opinión que más verdadera nos parezca. Cada individuo debe pensar por sí mismo, y esto no es posible si solamente aceptamos el conocimiento de las ideas y las apreciaciones que más nos cautivan.

Este conocimiento de ideas antagónicas, esta tolerancia por las ideas de los demás, desarrollan la individualidad y mejoran el individuo. La libertad de emitir el pensamiento es una necesidad para el buen funcionamiento de la sociedad. Su supresión conduce inevitablemente a los actos violentos, a las rebeldías individuales y colectivas a mano armada. Cuanto mayores son la libertad de expresión del pensamiento, (libertad política, libertad de palabra, de la imprenta, de asociación), menos raras son las rebeldías que afectan la forma de asesinatos, incendios, etc. Restringir estas libertades es preparar el camino a los actos violentos y mudar la actividad verbal humana en actividad destructora.

Sabemos muy bien que de esta misma libertad de expresión del pensamiento nacen inconvenientes. Pero estos inconvenientes son menores que los que resultan de la reglamentación precisa de esta libertad por una multitud de ataduras diversas. Para probarlo basta arrojar una mirada sobre la historia política y social del mundo durante dos mil años.

Todos los actos de autoridad encaminados a limitar la libertad política no han hecho más que perjudicar en diferente forma a los individuos, pero no han impedido que esta misma libertad se acrecentara sin cesar y se extendiera sobre un gran número de hombres. El mayor déspota acaso del siglo XIX, Napoleón I, fué uno de los agentes más activos del espíritu de libertad, de libertad política sobre todo, que palpitaba en todos los franceses de la Revolución.

Ni las persecuciones violentas, ni las reglamentaciones severas y minuciosas, ni las leyes, han impedido que lo que tenía que ser, fuese. Y lo ineludible es una marcha creciente, lenta es verdad, pero ciertamente creciente de la humanidad, hacia un estado en que la libertad sea cada vez mayor y beneficie en mayor grado a mayor número de individuos.

Con pena tendríamos que contemplar los esfuerzos de los hombres que restringen la libertad en nombre de un principio cualquiera. ¡Es tan vana su obra! Termina siempre en fracaso.

Del mismo modo que el niño aprende a andar sólo cayendo y levantándose hasta el día que más fuertes y seguras sus piernas evita por sí mismo las caídas, el hombre tiene que aprender a ser libre por sus propios esfuerzos. Si de esta libertad resultan perjuicios para él, tengamos la seguridad de que serán pasajeros, puesto que aprenderá a hacer uso de la libertad del propio modo que el niño aprende a hacer uso de sus piernas de caída en caída.

¿A qué sirve querer impedir esto, restringir aquello, autorizar lo de más allá y prohibir un acto cualquiera?... Por reacción natural el individuo se verá impulsado a hacer aquello mismo de que quieren privarle, y lo ilegal de antaño se va convirtiendo en legalidad presente. El único efecto de estos atentados a la libertad es retardar la marcha progresiva de la humanidad, ocasionar a veces un regreso.

Es necesario que el hombre pueda hacer funcionar integralmente su organismo. Además, sólo consiguiente que pueda ser libre de hablar, de escribir, imprimir lo que piense, de practicar o de dejar de practicar lo que tenga por conveniente. Es necesario que pueda asociarse con quien quiera y con el objeto que quiera.

Es necesario que el hombre sea libre hasta para enajenarse él mismo. Si la colectividad se lo impide, atenta a la libertad individual, y atentado por atentado, vale más el que el individuo comete sobre sí mismo. En efecto, y para fin de análisis, vemos que tan imposible es impedir a un individuo enajenarse como que se mate.

El gran agente del progreso es la libertad. Es el fermento que hace florecer todos los inventos, todas las bellezas artísticas y literarias, todas las mejoras sociales. La tendencia libertaria forma parte integrante de nuestras fibras más íntimas; es, si así puede decirse, esencial a nuestro organismo y tiende sin cesar a su realización cada vez mayor.

No podrá realizarse plenamente sino en una sociedad de iguales, y una sociedad de iguales no puede existir sin la igualdad económica. Pero esta marcha hacia este ideal, que estamos de ello convencidos se realizará algún día debemos ayudarla todos con todas nuestras fuerzas, para que se cumpla rápidamente y con seguridad.

A. HAMON

Accidente indiscreto

Si es verdad que el progreso nos da grandes ventajas, no es menos cierto que tiene a veces sus inconvenientes, e inconvenientes de verdadera gravedad que ponen al descubierto la desaprensión de ciertos tipos, socialistas ellos, unificados ellos, y representantes parlamentarios ellos, enviados allí por sus electores para defenderlos de las tropelías gubernamentales y llevar a efecto la implantación de la *grrran rrrepública social* (sic).

De estos inconvenientes es el indiscreto accidente de automóvil, ¡pícaro automóvil ocurrido hace pocos días en los alrededores de París.

Erase que hace pocos días Briand, (todos conocéis a Briand), el renegado Briand, el exdefensor de la huelga general, que vendiendo a los que creían en él, escaló las alturas del poder, desde donde atropelló villanamente a los ferroviarios en huelga; pues érase, repito, que Briand tuvo un día la ocurrencia, ¡fatal ocurrencia!, de dar un paseo en automóvil, en cuyo paseo invita a uno de sus íntimos. Este acepta y ved a los dos compadres caballeros sobre un cuarenta caballos atravesando carreteras para dar solaz a sus espíritus; pero el hombre propone y etcétera, los caballos se desbocan y al dar una vuelta en el camino arrojan a respetable distancia a los caballeros, que fueron transportados en deplorable estado a un hospital vecino.

La incógnita no podía continuar; los periodistas, ¡estos periodistas son el mismísimo demonio!, dan la noticia del accidente y publican los nombres de los accidentados.

Eran Briand y Willm, este último es socialista unificado y diputado a Cortes en representación de este mismo partido *obrero*.

Ha habido quienes han querido llamarse a engaño por un hecho sin importancia; ha habido quienes han hablado de celestinos y maridajes.

¡Señores, no es para tanto! Lo ocurrido es bien natural, son errores de la política; en el parlamento se combate a un político, pero en la calle se olvidan aquellas disputas; un político puede ser expulsado de un partido por farsante, por traidor a la causa que ellos dicen defender, pero esto no quiere decir que los mismos afiliados a aquel partido dejen de ser sus amigos. Además, señores, cortesía obliga; ¿dónde quedaría la educación, si se rechaza la invitación de un individuo, aunque sea un enemigo, para dar un paseo en automóvil? ¡Se presenta esta ocasión tan pocas veces!

Ser socialista no quiere decir que se renuncia a sentarse a la mesa del presidente del Consejo.

¿Creíis, acaso, que esto es faltar a sus principios? No; es imposible faltar a lo que no se tiene.

Y, además, que es bien antiguo el adagio de que el que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

Esto si no hay ningún automóvil causa de indiscreciones.

M. PERMAÑER

París.

Huelga marítima

En Hamburgo, unos seis mil obreros de los arsenales marítimos han asistido a la reunión convocada por la Federación alemana metalúrgica. Los directores de la Federación han declarado que no creen conveniente la huelga y que se niegan a sostenerla. Puesta entonces a votación secreta la continuación de la huelga, se han pronunciado en favor de ella 5.662 votos y en contra de la misma tan sólo 120.

Escusamos decir a nuestros lectores que los directores de esa Federación son socialistas, y a pesar del boletín recibido no han presentado la dimisión, como tampoco la presentaron Barrio y Compañía, cuando la huelga de los ferroviarios españoles.

***

En otro despacho de Hull leemos que los huelguistas han roto a pedradas muchos cristales de las tiendas y que hay varios agentes heridos.

Añade que los huelguistas han desoído las exhortaciones de sus directores, que les exhortaban para que volvieran al trabajo.

Como se ve, la cosa marcha.

El drama rural

La muerte de varios vecinos de Flores Dávila por comer carne de ovejas fallecidas de carbunclo hace pensar en el horror de esa vida rural, que es como un círculo dantesco.

El expediente que con toda urgencia ha mandado instruir el señor Alba registrará las responsabilidades de ese veterinario, que ni siquiera por cumplir examinó las reses muertas, y de ese alcalde, que ni por humanidad ordenó suspender la venta de carne.

Pero en ese expediente burocrático no podrá figurar, por carecer de personalidad y aun de persona, el culpable mayor de todos: el hambre pública.

"Como se vendía la carne tan barata, a 35 céntimos libra—anota un periódico—hubo mujer que compró seis libras para conservarlas en cecina."

Este caso de Flores Dávila, por lo detonante, ha sonado en el ministerio de la Gobernación. Pero en todos los pueblos españoles es el pan nuestro de cada día. En todos los pueblos españoles se venden reses muertas de infección. En todos los pueblos españoles la salud pública tiene su más terrible enemigo, no en la ignorancia del alcalde, ni en las desidias profesionales del veterinario, sino en la miseria rural, en el hambre pública.

La mayoría de las aguas que se beben no son potables. Cada año, inexorablemente, se repite el caso de un pueblo entero atacado de enfermedad porque están mal las aguas de su fuente. En algunos sitios ni fuente hay; los vecinos tranquilamente van a llenar sus cántaros al manantial más próximo.

Unas veces el manantial está carbonatado; otras, magnesiano; otras, positivo. La gente bebe y se pone enferma. Se les pregunta por qué beben de aquella agua y responden como atontados: "¿Y qué vamos a hacer? Porque el agua sea mala, ¿nos vamos a morir de sed?"

Es un dolor, es una iniquidad. El Gobierno debiera, por humanidad, enviar a los pueblos químicos que certificaran la potabilidad de las fuentes y manantiales públicos. Hay un sin fin de enfermedades y bastantes muertos por el uso de aguas perniciosas. Y si no hay epidemias donde las gentes mueren como chinches puede decirse que es por milagro.

Cuando los alimentos, todo lo que se diga es poco. Se venden, repetimos, carnes en descomposición casi a diario. El pescado, en los pueblos del interior sobre todo, llega a los tres y cuatro días de la pesca, en mal estado ya, y se sigue vendiendo durante una semana. Los embutidos, no se diga. De las frutas y de la leche, lo mejor viene a las ciudades y en el pueblo se expenden frutas caídas y leche con más agua que en Madrid.

La sordidez campestre es tal, que el capítulo de "Los arrendadores", de La Bruyere, y las páginas de "La tierra", de Zola, son tortas y pan pintado en comparación de la realidad. Una noche da de pueblo en una caja de Pandora; de allí salen todos los males. Están los comestibles a merced del calor, de los insectos, de la falta absoluta de higiene, de la sobra total de la avaricia rústica. Como no suele haber más que una carnicería, una pescadería, una panadería, los vecinos no tienen más remedio que comprar el pan, aun falto de peso; el pescado de una semana, la carne como se la quieran vender. Estas dos garantías de la ciudad—la fiscalización y la competencia—se desconocen en los pueblos. La fiscalización de carnes, encomendada a los veterinarios, ha promovido a veces motines. El caso de aquel veterinario de la Mancha que hace años prohibió la venta de carne de un novillo lidiado originó un conflicto de orden público. El carnicero anunció el kilo a peseta, y por poco si hay puñaladas por comprarlo. Y cuando el buen veterinario, cumpliendo lealmente con su misión, se dispuso a impedir la venta, se armó tal zaragarda, que el lincharlo estuvo en un tiru tris.

La frase lúgubre de Espartero "Más cornás da el hambre" es el mote y divisa de los rurales. Cuando se les arguye que por qué comen carnes malas y porqué beben aguas pésimas responden encogiéndose de hombros: "Pues es no comer y no beber." Y como en ellos la protesta no surge del juicio, de la comparación, de la reflexión, sino de la pasión, de la irritabilidad, de la barbarie, no piden químicos que les analicen las aguas, ni veterinarios que les certifiquen las reses; el día en que se hartan rompen las fuentes e incendian las carnicerías.

Se habla de escuelas, de periódicos, de difundir las formas culturales, y claro es que está bien y es conveniente y necesario todo eso. Pero antes que todo eso; antes que escuelas, que periódicos y que cultura hay que llevar a los rurales humanidad. Los pueblos españoles viven el drama sordo y lento de casas, mil veces peores que las guardillas; de sus calles estercoleros donde se pudren las bestias muertas; de sus fuentes al aire libre y al polvo libre; de sus alimentos sin higiene ni competencia ni fiscalización.

Antes que los problemas culturales hay que atender a los problemas fisiológicos. El raquitismo, la tuberculosis, la tara física, arrojan esas tallas espantables de hombres que, a los veinte años, miden escasamente un metro y pesan treinta y tantos kilos. La esperanza española, el mañana de nuestro país, hoyó de la ciudad, de sus vicios y de sus decadencias, buscando el campo, su robustez y su saludable oxígeno.

Pero de cuando en cuando el drama rural lanza su agudo grito de dolor, de miseria y de fatalismo, y entonces el mañana español tiembla en las chozas, como antes en el salón de conferencias.

Para que el mañana español, nuestro hijo pueda crecer robusto y mirar confiadamente el porvenir es preciso que le acudamos y alentemos. Sirva este horrible trueno de Flores Dávila para pensar en Santa Bárbara rural. Mande el ministro de la Gobernación con toda urgencia esos químicos y veterinarios inspectores y comencemos, que ya es hora, a sacar a los pueblos españoles rurales de su terrible círculo dantesco.

CRISTÓBAL DE CASTRO

Una conferencia

Organizada por el grupo libertario «Cosmopolita» de esta localidad se verificó la conferencia anunciada, el sábado día 12 por la noche en el Salón Madrohal, cuya conferencia estuvo a cargo del compañero Aquilino Gómez, del grupo libertario de Barracaldo, el cual disertó bajo el tema «Economía burguesa y socialismo económico.» Al acto, que es el primero de esta índole que en esta localidad se ha dado, asistió gran concurrencia, ávida por oír a nuestro compañero.

Presidió el compañero Rodríguez quien con brevísimas palabras, hizo la presentación del conferenciante. Acto continuo se levantó nuestro compañero y comenzó su disertación exponiendo con claridad meridiana las ganancias líquidas que obtienen los grandes explotadores, con relación al capital que les sirve de principio de explotación. Enumeró con cifras bien elocuentes la enorme desproporción que existe entre el obrero y el burgués, para finalmente demostrarnos que mientras éste acapara millones robándoles el producto que naturalmente pertenece a los creadores de esas fortunas colosales, el obrero, que es el motor